



desdelosimple

Para contemplar la vida

Quinto Domingo de Pascua

Hechos 6, 1-7; Salmo 32; 1 Pedro 2,4-9; Juan 14, 1-12

Mayo 10 del 2020

Bajo una mirada de amor

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

La celebración eucarística nos nutre constantemente con el pan de la vida, que llega a nosotros no sólo en la presencia real de Cristo en su Cuerpo y Sangre, sino también en su presencia real en la comunidad y en su Palabra. En los últimos días, en donde hemos tenido la experiencia de confinamiento, la Palabra meditada nos permite abrir nuestra mirada a la luz de la fe. En este sentido me permito centrar la atención en algunas situaciones descritas en nuestra liturgia que nos dejan inquietos.

En primer lugar consideremos el relato de la primera comunidad que nos presenta Lucas, en muchas ocasiones pensamos en ella como comunidad perfecta, sin embargo hoy se nos presentan las dificultades que viven por las diferencias existentes con respecto a la distribución equitativa o eficiente de los bienes comunes (Hch 6,1) problemas que bien pueden ser reflejo de muchas situaciones sociales y comunitarias que pueden estar cerca de nosotros. Ante ello, los discípulos actúan con un proceso acucioso y recomendable para nuestras realidades. Escuchan, oran, proponen una solución práctica (Hch 6,3) y se fortalecen en su misión (Hch 6,4). En las situaciones que vivimos, necesitamos no perder de vista lo fundamental, para proteger nuestra salud de manera integral (Física, psicológica, espiritual...)

Hoy conocemos muy bien cuál es la mejor manera de protegernos del virus que amenaza al mundo, pero las consecuencias de sólo saberlo y no practicarlo están a nuestra vista. Lo mismo puede suceder en la salud espiritual, cuando escuchamos, conocemos, pero no actuamos. Seguro nos es familiar la sentencia “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6) pero llevarlo a la práctica para que efectivamente sea nuestra salvación es un largo sendero a recorrer. Pensemos por ejemplo, en las angustias de hoy, en medio de ellas, muchos reclamaran la misericordia del Padre, mientras que otros la utilizaran como evidencia para proclamar la ausencia de Dios. Unos y otros podrán encontrar reflejo en la pregunta de Felipe: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14,8)



Las respuestas de Jesús a las inquietudes de sus discípulos serían las mismas para nosotros: “no se turbe su corazón” (Jn 14,1) “en donde estoy yo estarán también ustedes” (Jn 14,3) “el que cree en mí hará las mismas obras que hago y aún mayores” (Jn 14, 12) Tal vez cuando muchos esperan una intervención divina que acabe con el sufrimiento humano, hemos de proclamar con fuerza, la predicación de Jesús: “Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14,11) y cada uno de nosotros es vinculado en esta relación, cuando nos permitimos ser identificados como Hijos de Dios y miembros de Cristo. ¿Es perceptible en nosotros esta identidad?

Les propongo hacer una pausa para respondernos a nosotros mismos; ¿Qué tan complicado puede resultar reconocer en nosotros la imagen de Dios? O mejor los otros ¿Qué tanto pueden reconocer en nuestro actuar la huella de Dios? Seguramente en este sencillo ejercicio pueden aparecer muchas respuestas, entre luces y sombras. No es de extrañar, pues hace parte de nuestro peregrinar por este mundo hacia la casa paterna. La experiencia de encuentro con el Señor alimenta nuestra relación con él, de tal manera que puede transformar nuestra mirada a tal punto de hacer desaparecer el temor e inundarlo en la gracia de la esperanza. Al mostrarnos al Padre, Jesús tiene la capacidad de transformar nuestra mirada, ya no somos condenados, hemos sido redimidos por amor, “somos piedras vivas” (1 Pe 2,5).

En este día en el que celebramos y agradecemos a Dios el don de nuestras madres, podemos tomarles como modelo de lo que hasta aquí comparto. Ante las consecuencias del parto, a la madre no le desaparecen sus dolores, pero en la inmensa mayoría estos son superados por la fuerza del amor. La llegada de un hijo a la vida de una mujer, transforma completamente su horizonte de vida, cuando ésta da a luz, no sólo introduce en este mundo a la criatura que ha llevado en su vientre, sino que ella misma es conducida a un nuevo ámbito de relaciones. La maternidad se presenta como una huella de la bondad de Dios, quien ha tenido a bien manifestar su amor y misericordia llamándonos a la vida e imprimiendo en nosotros su propia imagen.

En este día de las madres, las encomendamos a Dios agradeciendo su generosidad y sacrificio para acogernos en este mundo. A la vez confiamos en que con el auxilio divino, aprenderemos de esta experiencia difícil de aislamiento e incertidumbre social, a hacernos fuertes en el amor que nos hace uno con el Padre y el Hijo.